

¿ES POSIBLE SER DOCENTE EN LA SOCIEDAD ACTUAL? (I)

Crisis educativa y profesión docente

LA EDUCACIÓN CONCENTRA LOS AFANES DE INDIVIDUOS Y COLECTIVOS Y OCUPA UN LUGAR PREPONDERANTE ENTRE LOS OBJETIVOS SOCIALES



Felicidad Loscertales Abril

Profesora Emérita de la Universidad de Sevilla y Coordinadora del Área de Psicología del Aula de la Experiencia. certales@us.es

Ofrecemos en estas líneas al gran equipo de lectores de «Aularia», personas compañeras en las tareas de la enseñanza, una reflexión sobre la relación profunda –y no siempre positiva- que hay entre los objetivos, leyes y contenidos de la enseñanza y la esencia del «ser docente». Dada su densidad lo hemos dividido en dos artículos. En este primero examinamos el panorama actual, con su problemática y en el segundo haremos una reflexión esperanzada sobre el posible futuro.

Vamos a hablar de cosas tan aparentemente diversas como las bases sociales educativas, (la legislación, planes de estudio y filosofía educativa, la evaluación de los aprendizajes, notas, promoción o repetición de curso, planes nuevos, sistema educativo...) y las personas. El individuo maduro y ya consolidado es quien se proyecta y perpetúa en las jóvenes generaciones que están «aprendiendo a ser personas» (Rogers, 1977) mientras que infancia y juventud esperan del mundo adulto, un espejo, una guía y un acicate imprescindibles.

Una mirada a la literatura, espejo veraz de la realidad, nos hará ver, en *El libro de la Selva* de R. Kipling (1944), una clara lección acerca de cómo la infancia

aprende de los adultos. Baloo, el viejo oso, preceptor de Mowgli, y Akela, el solitario lobo gris, dirigente de la manada, que mantiene a raya a los lobeznos, son dos ejemplos paradigmáticos y atemporales de la figura docente.

Porque siempre podemos constatar una hermosa realidad: los docentes enseñamos, entusiasmos y «contagiamos» mucho mejor cuando trabajamos con las metas y temas que nos «creemos», que forman parte de nuestros saberes más serios y profundos y están integrados tanto en nuestra personalidad individual como en la conciencia profesional de todo el colectivo docente a lo largo de los tiempos y a lo ancho del planeta.

Y eso es lo que no parece ser tenido en cuenta en las legislaciones y diseños educativos y en general en todas esas “normativas” que deberían responder a las más auténticas necesidades del cuerpo social y de cada persona.

Educación y sistemas educativos

¿Por qué es necesaria la educación?

La sociedad tiene en cada periodo histórico y en cada una de sus dimensiones unas necesidades espe-

ciales para las que busca respuestas adecuadas con toda la complicación de sistemas, estratos sociales y necesidades del cuerpo social. Entre toda esta problemática la educación no es menos... y hasta se podría decir que es más: por su complejidad de contenidos y niveles y por su ámbito de actuación (toda la población sin excepciones). Este es un compromiso que se plantea no sólo con las personas como individuos aislados sino con la sociedad entera. A su vez, esta sociedad, la «tribu» educadora, ofrecerá ejemplos, ideas, normativas a los nuevos «socios» que van a integrarse en el mundo del futuro.

Y así, en el momento histórico en que vivimos y con las formas de respuesta arbitradas, hemos llegado a estructurar la llamada sociedad contemporánea (globalizada, tecnológica, consumista...) Una sociedad múltiple y compleja en la que la educación es un punto común que concentra los afanes de individuos y colectivos, ocupando un lugar preponderante entre los objetivos sociales.

Al observar los sistemas educativos, a lo largo de la Historia se puede comprobar que a cada tiempo y cada problema se han dado respuestas (no siempre soluciones) que, afortunadas o fracasadas, están ahí. Pero ¿por qué mirar al pasado? ¿sirve eso de algo? Pues sí, sirve; porque si lo que se decía, se valoraba y se enseñaba, ya no está de moda, ahora es cuando se puede apreciar con más nitidez lo que ha permanecido decantado por el paso del tiempo. Todo lo que sucede deja una huella aprovechable que conviene integrar, para enriquecer el acontecer posterior del conocimiento y la acción. El mundo será más amplio y fructífero si no desconoce su pasado.

¿Acaso no es este el valor de la Historia como acumulación de la experiencia humana de generación

en generación?

El desconcierto docente

Los docentes padecemos en primera persona todos los problemas que pueden afectar al resultado de nuestro trabajo. Y, en efecto, si hay algo que nos distingue a los profesores actuales de los de generaciones precedentes, es un sentimiento que se podría calificar de desconcierto y quizás también de ansiosa búsqueda.

Seguramente no recordaremos haber constatado en generaciones anteriores dudas o vacilaciones en relación con los consistentes fundamentos de su autoridad (indiscutida por otra parte) o con la validez de los métodos que empleaban con sus educandos. Esta maravillosa seguridad se nutría de las sólidas estructuras de una sociedad enraizada en sus normas y tradiciones; segura de lo que hacía y de a dónde iba; repitiendo lo clásico, lo que siempre se había considerado bien hecho.

Pero hoy ya no sucede de esa manera; sólo podemos caminar hacia delante puesto que ya no podemos obedecer a las voces que nos llegan de atrás y en esta situación el camino hacia el futuro se nos presenta difícil porque junto al deseo de hacerlo todo perfectamente, tenemos la casi certeza de no saber cómo actuar. Posiblemente las tendencias que se autotitulaban más avanzadas han trabajado en el vacío...o casi. Así se debaten la autoridad y la libertad, lo humano y lo académico, la formación y la institución, lo individual y lo social... Es un terreno de juego en el que el profesor es a un tiempo árbitro y jugador, y actúa ante un público implacable: sus alumnos y la sociedad, que aunque protagonizan también el juego no le perdonarán ningún fallo.

Malestar docente, estrés profesional, mal de la tiza y otras muchas denominaciones que aluden a patologías «del aula» están llamando la atención sobre este problema. La mayoría de los docentes lo sufren en si-

Todo lo que sucede deja una huella aprovechable que conviene integrar, para enriquecer el posterior conocimiento y la acción



lencio pero el daño está ahí y se extiende al alumnado, al profesorado del Centro, a las familias y, naturalmente a la sociedad en pleno.

El colectivo docente no puede quedarse inmóvil ante esta situación... eso lo tiene muy claro. Lo que no parece tan sencillo es saber qué hacer y además evitar que sea el «profe» quien haya de cargar con el duro fardo de la responsabilidad ante el éxito o el fracaso. El desafío está en responder a esta sencilla pregunta: ¿quiénes deben afrontar el problema?

Presencia social de los sistemas educativos.

Nuestros sistemas educativos (dentro del marco de la cultura occidental, europea) funcionan sobre unas bases que se han ido falseando paulatinamente hasta llegar al momento actual en que la gravedad de la situación pone de relieve la necesidad urgente de cambio y renovación. Hay algunas excepciones notables pero muy escasas (últimamente se habla mucho de Finlandia), que no hacen más que confirmar la regla. En general la problemática de esta crisis de la educación, múltiple y compleja puede agruparse en tres grandes capítulos:

- a) Intensificación de la demanda educativa en todas sus dimensiones.
- b) Penuria e inadecuación en la respuesta a estas necesidades.
- c) Indefinición de los objetivos de la enseñanza y su ajuste a la sociedad.

De la educación actual sale, en líneas generales, un alumnado privado de libertad y creatividad, principalmente a causa del desorden en las líneas directrices, y superado por el desconcierto de los docentes y la burocratización esclerosante que predominan en los sistemas tradicionales.

Eran sistemas que sin fomentar aprendizajes creadores y constructivos en los alumnos, habían tendido a presentar brillantes planificaciones que quedaban estériles porque no llegaban al destinatario. Otras pre-

misas falsas son las que operaban con la idea de la homogeneización de la clase, la falta de estímulos adecuados al interés de las distintas edades del alumnado, la estratificación en niveles rígidos, etc. etc.

A toda esto se intenta responder con remiendos parciales que nada solucionan puesto que dejan de lado el objetivo fundamental (que se elude o no se sabe ver) y de esta forma nos encontramos con que, en un mundo donde las dimensiones científicas crecen y se estructuran cada vez más y mejor, la educación, una de las facetas más importantes de la actividad humana, está aún a un tímido nivel precientífico.

En resumen, nuestros sistemas revelan una pedagogía que se sobrevive a sí misma. Gran parte del contenido que ofrece el sistema educativo está organizado como la transmisión de una herencia y la perseverancia de una cultura antes que como la exploración del presente y la proyección hacia el porvenir.

También es grave la impermeabilidad de los métodos de enseñanza a las disciplinas próximas que podrían ayudarle a evolucionar. Seleccionando algunos pocos ejemplos podemos citar los trabajos sobre docimología (comenzados en 1930), las investigaciones de Piaget sobre la psicología infantil y la evolución de la inteligencia (a partir de 1920), las aportaciones algo más recientes de Lewin (años 40) y Moreno (sobre los 60-80) sobre la conducta de los grupos humanos, las teorías humanistas de Carl Rogers (años 60-80) en psicología social y, finalmente, la valiosa presencia actual (cambio de siglo) de las Nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación.

No cabe duda de que una buena parte del problema se debe a la rigidez administrativa y a la forzada homogeneidad del sistema docente. El dogma de la

La educación, una de las facetas más importantes de la actividad humana, está aún a un tímido nivel precientífico



igualdad entre los diplomas y los programas que sigue el alumnado que obtiene el diploma, hacen difícil cualquier intento serio de experimentación y mejora. Además una rigurosa centralización coarta las iniciativas locales y regionales favoreciendo la perpetuación de un bloque monolítico y esclerosado olvidando que la esencia del progreso es la innovación permanente.

Parece, pues, llegado el momento de hacerse cargo de que la educación no sólo tiene que constituirse como ciencia y como actividad básica al servicio de la persona individual y de los grupos humanos, sino que para poder hacerlo bien tiene que estar sustentada por una filosofía clara y consecuente.

Un concepto de la persona basado en el conocimiento de las dimensiones y valores del individuo, ser singular, social, libre y progresivo

Junto a todo ello, deberá tener un concepto de la persona basado en el auténtico conocimiento de las dimensiones y valores del individuo, como ser singular y social, libre y progresivo, con lo cual la educación no tendrá que limitarse a transmitir los modelos acumulados hasta el momento sino y sobre todo, pasar adelante potenciando capacidades y proporcionando materiales para creaciones y aportaciones originales y enriquecedoras.

Por este camino se encontrará la solución para esta problemática situación. Y efectivamente en el momento actual se respira en los ambientes educativos un aire de novedad y renovaciones y una conciencia positiva de cambio y mejora que muestran el interés por el valor social de la educación.

La función docente a revisión desde el Sistema

Los docentes como agentes del sistema educativo
A la vista de esta compleja situación, muchas mira-

das se dirigen al cuerpo docente, esperando que sujete firmemente el timón de la nave educativa que surca mares tan procelosos y muchas voces claman culpabilizando al que esperan como salvador; es decir, tra vez al docente.

¿Es que se piensa que controlando y exigiendo al profesorado se solucionaría «TODO»? ¿o es que, por el contrario, en el fondo de estas actitudes late, de forma semiinconsciente, una idea triste y depresiva acerca de la ineficacia de este profesorado que para lo que más puede servir es para ser usado como chivo expiatorio de todos los fallos sociales de la educación?

Frente a este pesimismo sobre la profesionalidad de los docentes podemos afirmar que hay profesores felices y sobre todo llenos de ilusión por su alumnado, por el placer de verlos crecer y «hacerse personas», por el futuro de la sociedad... Se puede comprobar que hay profesores entusiastas en cuanto encuentran por QUÉ entusiasmarse. ¿pero cuál QUÉ?

Oigamos a una docente experta... y sensata que ha desarrollado sus tareas en tiempos cercanos y nada fáciles:

«.../... Yo quiero intervenir como maestra, jubila da hace dos años, que ha disfrutado muchísimo de su trabajo y del trato con los niños, que son, lo mejor que tenemos. He tenido muchos buenos colegas de todo tipo. Unos muy vocacionales, miel sobre hojuelas, y otros no. Y creo que para ser bueno en este oficio lo indispensable es la responsabilidad y la auto-crítica.../... El maestro organiza, dirige y estimula los aprendizajes, ayuda a descubrir y a aprender. Todos tenemos que pasar nuestro periodo de novatos, mejor con humildad. El trabajo, los errores, los colegas o la formación continuada son los que terminan de formarnos para ser buenos docentes». (Isabel Barros Seijo, «La carta de la semana» Publicado en XL Semanal de 23/06/ 2013 pág. 6)

Si, dentro del Sistema Educativo, el pesimismo puede ser fuerte, y el negativismo paraliza aún más que



las propias dificultades externas, los docentes deberíamos tener una mirada más larga y amplia para observar a ciertas personas (y no pocas) que todavía creen esperanzadas en el sistema educativo y en sus agentes, los profesores, y quizás más a causa de la crisis.

Son personas, jóvenes y menos jóvenes, que no tienen trabajo o lo han perdido pero, con un empeño digno de admiración, quieren estudiar de nuevo y conseguir titulaciones que les avalen y les faciliten el camino a otro trabajo. Desean buscarse el futuro en los estudios ya que han perdido la fe en todo lo demás... Aunque sólo fuese por alumnos así merecería la pena seguir adelante.

La profesión docente. Origen y desarrollo.

¿Qué es un trabajo profesional? Se entiende por trabajo toda actividad productiva que representa un esfuerzo para quien la realiza (por eso es «trabajo») y que, al ser productiva, es necesaria a la sociedad que, a causa de ello, la remunera. Esta remuneración es la que demuestra que la sociedad necesita esas tareas y paga por ellas, creando responsabilidades al trabajador.

Pero la sociedad no sólo paga en la materialidad de lo económico, sino en la concesión de un determinado *status* social, y la de un rango especial dentro de ese *status*. Porque profesión es algo mucho más hondo y decisivo todavía desde el punto personal. Quien tiene una profesión ha «profesado» en un determinado estilo de trabajo y en un cierto modo de ver y entender el mundo. Quien así «profesa» realiza su personalidad más auténtica sintiéndose gratificado altamente con ello. Se hace más persona y siente que su identidad profunda y su proyección al mundo se armonizan coherentemente. Al mismo tiempo, como percibe que su actividad es esperada y necesitada por la sociedad recibe un segundo nivel de gratificación que subraya y confirma su imagen ideal personal.

Ahora bien, centrándonos en la realidad educativa: ¿cómo se gestionan la educación y sus profesionales? ¿Cómo se ha llegado a los planteamientos actuales? En nuestra Europa, la que mejor podemos conocer, existe, avanzando por la Historia, un claro esbozo de plan de estudios, completo y equilibrado, en el *Trivium* y el *Cuadrivium* medievales que, controlados por el estamento eclesiástico, son ya un anuncio de los actuales currícula universitarios.

Más adelante, otro hito importante a destacar se sitúa en el auge y desarrollo que, derivados de la Ilustración alcanzarán las ciencias experimentales en los siglos XVII al XIX, lo cual exigirá nuevas y especializadas formas de estudio y transmisión y, por ende, personas dedicadas ya profesionalmente a ello. Sin embargo, el origen inmediato del sistema educativo actual y de la figura del profesor tal como hoy se la conoce tiene ya casi dos siglos de existencia y se remonta a la gran construcción burocrática del XIX: enseñanza estatal organizada como Primaria, Media y Superior definiendo sus niveles y objetivos.

El «Maestro de escuela», el profesor que atiende a la enseñanza primaria es, sobre todo, profesor de la infancia. Igualmente es, con otro concepto más actual, el profesional que se ocupa de los niveles elementales de la educación, actualmente denominados «enseñanza infantil y primaria». En estas etapas, el alumno debe adquirir las herramientas imprescindibles para manejarse y entrar en la cultura: son básicamente lectura, escritura y cálculo.

La intencionalidad sociopolítica, la «modernidad» y hasta el esnobismo, pueden llegar a darle otros nombres a este nivel educativo... es igual: En épocas remotas, cuando la Primaria era la única accesible a toda la población, los padres pedían al docente: «Usted en-

Quien tiene una profesión ha «profesado» en un determinado estilo de trabajo y en un cierto modo de ver y entender el mundo



séñele a leer, escribir y las cuatro reglas, que de hacerle un hombre de provecho me encargo yo». Obviando que esté hablado «en masculino», (las niñas iban muy poco a la escuela), ¿no firmaríamos hoy que niñas y niños acabasen el nivel de Primaria dominando, sin errores importantes, la lectura (comprensiva), la escritura (redacción clara y sin faltas de ortografía) y las famosa cuatro reglas (sumar, restar, multiplicar y dividir)?

La educación sistematizada de herencia medieval era sólo universitaria, o más aún, clerical-universitaria, es decir, cosa de la Iglesia

En la Enseñanza Secundaria el «Profesor de Instituto» es ya especialista en una materia (por otro nombre «asignatura»). Sufre la comparación con sus colegas y tiene que contrastar su personalidad con su alumnado: adolescentes y jóvenes que buscan, a veces agresivamente, el camino hacia la madurez. Llegan al instituto en plena infancia y salen ya dominando la «cultura básica» y buscando a través de la formación superior y laboral un puesto de adultos en la sociedad.

Por su parte, en la Universidad (y demás estudios conducentes a títulos profesionales) los «Catedráticos» tienen el prestigio y la aureola del nivel científico, porque no sólo enseñan sino que investigan. Ese nivel, en teoría el más alto, está sometido a la mirada crítica de sus colegas, de la institución, de las altas inspecciones evaluadoras y, sobre todo, de un alumnado (cada vez más chicas que chicos) que son ya personas adultas y pueden aceptarlo o rechazarlo, incluso con violencia.

Esta triple estructura docente (escuela, instituto, universidad, o bien: Primaria, Secundaria y Profesional/Superior) surgió de forma paralela a las clases medias que, con la Revolución francesa, acaban de conquistar un puesto social, definiéndose como tales y aislándose del pueblo llano del que, de hecho, estaban

separándose desde hacía ya tiempo (hasta entonces no se habían considerado más que los tres estamentos clásicos: nobleza, clero y pueblo llano).

Es importante tener en cuenta que en el momento postrevolucionario las clases medias, con el apelativo de «burguesía», van a acabar de constituir y definir un estilo vital propio del que hasta ahora habían carecido. Napoleón, cuya capacidad organizativa ha sido quizás oscurecida por su genio militar, fue el cerebro formulador de este impulso de la creciente burguesía. Al igual que su familia y colaboradores -y otros muchos de sus contemporáneos- él representa el más completo paradigma del nuevo ciudadano que aprovecha las oportunidades de movilidad social sin detenerse ante barreras de clase.

El sistema educativo de la burguesía.

Dentro de estos movimientos innovadores tendentes al nacimiento de una nueva sociedad, aparece también, como queda dicho, una nueva idea de la enseñanza. La educación sistematizada de herencia medieval era sólo universitaria, o más aún, clerical-universitaria, es decir, cosa de la Iglesia. No se había pensado en una educación primaria para el pueblo -porque no la necesitaba como bagaje de supervivencia- como tampoco le era necesaria a la clase nobiliaria que tenía su propio circuito privado de formación.

En ese crucial momento histórico las clases burguesas van a crear para su nuevo nivel social la enseñanza Primaria (luego generalizada para toda la población escolar) y la enseñanza Media o Secundaria, como forma estatuida de acceso a la Superior o Universitaria que así dejará de ser clerical y abrirá, en teoría, sus puertas a los laicos, es decir a toda la ciudadanía.

Sin embargo, sólo por extensión (becas, ayudas, etc.) se dejará participar en este proceso al pueblo llano. Piénsese que, todavía en la actualidad, sólo está aceptada la democratización total en la Enseñanza Prima-



ria. Se hace un poco cuesta arriba lograr que también a la Secundaria (en sus distintas modalidades) lleguen a acceder todos los niveles de la población y no sólo esa pretendida élite burguesa para la que fue pensada dentro de una ideología socioeducativa derivada de la filosofía de la Ilustración. Precisamente la creación y organización de esa ideología ilustrada fue el mejor síntoma de la gran vitalidad de la joven clase media (abandonado ya el apelativo de burguesía). Apenas nacida crea el instrumento que la va a mantener viva y la va a perpetuar como cuerpo social; un vigoroso «sistema educativo» sólidamente mantenido por la gran organización burocrática de Napoleón, y consolidado en la mentalidad fuertemente activa y proyectada hacia el futuro de una clase sin rémoras históricas pero que en lo cultural se enraizó en los principios filosóficos y científicos de las más puras tradiciones europeas y por ello grecorromanas.

Por fin, en los más recientes tiempos, el fenómeno «masificación» con todas sus consecuencias (también se asocia al término «globalización») es un último dato que no puede ser olvidado, para integrar en la función docente todos sus elementos históricos.

Masas y democratización de la educación

Esta masificación ha originado una nueva serie de necesidades y urgencias sociales. Igual que sucedió en torno a la Ilustración, y la Revolución Francesa con el reconocimiento social de las clases medias, el mundo que surgió de las dos guerras mundiales (1914-1919 y 1939-1945) ha vivido una serie de revoluciones y crisis que dieron paso, a lo largo del siglo XX, a una nueva clase que ha tenido que abrirse un sitio adecuado dentro de una sociedad globalizada.

La clase «obrera», el «proletariado», el «pueblo» a secas; cualquiera que sea el nombre que se le adjudique, busca actualmente su propio sistema de valores y cultura tal como lo hicieron la nobleza y la burguesía en otros momentos históricos. Así es como, en un temprano s. XX, nacieron el nuevo concepto y los

nuevos contenidos de la educación. Una «educación popular» que en numerosas ocasiones se autodefine así, y que deberá ser tenida en cuenta por las estructuras educativas oficiales no sólo porque su presencia y su necesidad son un hecho incontrovertible, sino también porque numéricamente su demanda es mayoritaria.

«Actualmente se desea un sistema integralmente abierto desde las instituciones preescolares a la universidad de modo que la acción de la última escuela que se frecuente quede prolongada inmediatamente por la de educación continua. Al carácter selectivo tan acusado en todo el sistema escolar tradicional habrá de suceder una orientación flexible, siempre provisional, una determinación que nunca se considere definitiva». De Landsheere, G. (1977). La formación de los enseñantes de mañana, Madrid, Narcea, pág. 16.

No es difícil identificar los motivos de esta ampliación del significado de la palabra «docente». Una razón fundamental es la forma en que se espera que el aprendizaje se vaya prolongando cada vez más incluso durante la edad adulta porque ya lo adquirido durante la infancia y el primer tiempo de la juventud se queda inútil. Si antes se trataba de una educación de modelos vitales que, transmitidos en las primeras etapas de la vida, eran ya válidos para siempre, al complicarse la sociedad moderna y, sobre todo, con la aparición del fenómeno «masa» la formación humana está llegando a convertirse en un sistema de educación muy abierto y flexible, orientado a grupos muy concretos y definidos antes que a meros individuos.

El sistema de educación formal de masas, tiene como característica esencial definitoria el hecho de basarse en un período de tiempo de escolarización muy claramente legislado, con contenidos de estudios tam-

De modo que la acción de la última escuela que se frecuente quede prolongada inmediatamente por la de educación continua



bién muy establecidos. Este tiempo de escolarización, la principal (cuando no la única) fuente de aprendizaje, queda sancionado con la concesión de un título o diploma que otorgan al poseedor el reconocimiento social de una cierta valía.

En la más reciente actualidad, sin embargo, un complejo número de circunstancias hace que aparezca una nueva expectativa en el campo de la educación: la de que la formación y el aprendizaje se prolongarán más allá de los años de escolarización y a lo largo de toda la vida adulta: es la educación informal.

Se piensa que así se compensarían las limitaciones del sistema «formal» excesivamente estructurado

Ningún sistema de educación preocupado por el desarrollo de la ciudadanía puede permitirse desatender el aprendizaje informal

frente a un mundo en cambio permanente y a unos campos científicos cada día más amplios e indefinidos. Aparte del tiempo también muy restringido en que se estimula el aprender, hay otra limitación más: se tiende a ignorar que existen unos aprendizajes sociales indispensables adquiridos de forma natural y espontánea en el seno de la familia antes del ingreso en la educación formal, y en los vastos contextos de tiempo y espacio que están fuera de la «escuela» y de las «horas

lectivas».

Por todo ello, ningún sistema de educación preocupado por la evolución y el desarrollo de la ciudadanía puede permitirse desatender el aprendizaje informal ni dejar de considerar (en la sociedad moderna) ciertos factores que imponen un aprendizaje continuo e inacabado. De estos factores que se adivinan de los escenarios sociales podríamos citar: el rápido avance científico y de las TIC, el desarrollo económico y social, el ritmo veloz de crecimiento demográfico y urbanístico, la movilidad creciente en las comunicaciones, la presencia de los medios y la urgente demanda de entendimiento entre culturas y potencias políticas.

Referencias bibliográficas

De Landsheere, G. (1977). *La formación de los enseñantes de mañana*. Madrid: Narcea

Kipling, R. (1944), *El libro de La tierras vírgenes*. Barcelona: Ed. Gustavo Gili S.A. Original inglés: *The Jungle Book*

Rogers, C. (1977). *El proceso de convertirse en persona*, Buenos Aires: Ed. Paidós. Original en inglés: 1960.

